

cursos sistemático de sus lecturas críticas), y se detiene en la estrategia de mutua resistencia elaborada por el texto a través de la contemplación de dos alteridades irreconciliables: un explorador del primer mundo, y una pigmea de la selva amazónica. Su análisis recoge todos los gestos y reacciones imposibles de este imposible encuentro: desde la anotación rigurosa y absurda del científico, a la risa animalésca de la pigmea; tomar nota y controlar, en uno; agradecer por no ser devorada, en la otra. La conciencia de la existencia del otro como una epifanía intolerable que nos cambia para siempre es el mensaje del relato; pero es también el mensaje de la crítica de Montserrat, cuyas exploraciones siguen preguntando por el sentido de estos encuentros, de nuestros miedos y pasiones, de nuestra feroz búsqueda de felicidad, de devorar antes que ser devorados. Para mí —dijo— escribir es una batalla contra la injusticia y contra el caos (p.422).

A nosotros nos queda continuar esa misma batalla, y recordar que la vida de la escritura no conoce la muerte.

Margara Russotto

University of Massachusetts,
Amherst

Eugenio Chang-Rodríguez. *Entre dos fuegos. Reminiscencias de las Américas y Asia.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2005; 528 pp.

[Nota de los editores: En julio último se llevó a cabo en la Casa de América de la capital española, en

ceremonia auspiciada por la Embajada del Perú en Madrid, la presentación de *Entre dos fuegos. Reminiscencias de las Américas y Asia*, con la participación de, entre otros, el Embajador Armando Lecaros de Cossío, el miembro del CSIC Fermín del Pino Díaz y la peruanista María Ángeles Vázquez. A continuación reproducimos parte de sus intervenciones.]

I.

Eugenio Chang-Rodríguez vive hace años en los Estados Unidos, en donde ha desarrollado una intensa labor peruanista, que lo ha mantenido, más que unido, atado a su patria. Pero en la búsqueda de la peruanidad a la que se ha dedicado toda su vida con particular ahínco, ha participado también de un cosmopolitismo intenso, que lo ha llevado a numerosos centros de estudio del mundo, en los que ha incrementado su sapiencia sobre los hechos humanos, en particular el lenguaje, la historia, y, especialmente, los relacionados con el Perú. Profesor de la City University de Nueva York, Chang es también director del Seminario Latinoamericano de la Universidad de Columbia y miembro de tres academias de la Lengua Española (Norteamericana, RAE y Peruana).

Entre los temas que domina, la obra de José Carlos Mariátegui es una de sus especialidades, a través de la cual ha profundizado su contacto con el pensamiento latinoamericano del siglo XX. El estudio de la obra del Amauta le ha permitido acercarse a lo más selecto de las ideas que han regido no sólo a Latinoamérica sino al mundo en el siglo pasado. Su origen asiático le ha movido a ir en busca de sus raíces y su entroncamiento con el Perú.

Conocido internacionalmente como lingüista, disciplina en la que ha adquirido una relevante notoriedad, Eugenio Chang-Rodríguez viajó por primera vez becado a los Estados Unidos, luego de acabar sus estudios en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. La dictadura del general Manuel A. Odría y su perversa animadversión con los asiáticos, incluidos los nacidos en el Perú, lo hizo sentar base en Norteamérica, donde dedicó su vida al estudio a fin de mantener su estatus de estudiante y mantener su visa para poder trabajar. Puede decirse irónicamente que Eugenio le debe su brillante carrera, al menos en esa parte, a su exilio.

En Estados Unidos siguió estudios de Historia, Ciencias Políticas y Derecho Internacional de los países que hoy en día son de gran relevancia: los de la Cuenca del Pacífico. Empero, las circunstancias lo obligaron a superar la sospechas que los individuos versados en estudios orientales despertaban en la época de las investigaciones antidemocráticas del senador Joseph McCarthy. Eugenio sobrevivió volcándose al estudio de la lingüística, tema que hoy es su especialidad principal. La Universidad de Pennsylvania le dio las facilidades para la preparación y publicación de su primer libro, abriéndole así las puertas del renombre: *Las estructuras de las lenguas romances*, que incluía un *Diccionario de frecuencias del castellano*.

Hoy día, luego de una gran trayectoria internacional, Eugenio Chang-Rodríguez ha venido para presentar en la Casa de América su última obra "Entre dos fuegos: Reminiscencias de

las Américas y Asia", publicada por el Fondo Editorial del Congreso del Perú. Según el filósofo Francisco Miró Quesada Cantuarias, ex Ministro de Educación del Perú, Chang-Rodríguez es "Humanista a carta cabal, en el amplio sentido de la palabra: amante de las letras y las artes y con una actitud de respeto y consideración por todos los hombres del mundo. No escribe únicamente para satisfacer su amor por la ciencia, escribe, también, para construir un mundo mejor." Para Valentín Paniagua, ex Presidente del Perú, la obra "es un testimonio invalorable para entender el Perú y los avatares de su libertad a lo largo del siglo recientemente fallecido."

Como Embajador del Perú, me complace acompañar a Eugenio en esta oportunidad, porque él mismo es testimonio de la peruanidad y su transcurso en la historia.

Armando Lecaros de Cossío
Embajador del Perú
en España

II.

Me gustaría ubicarme para comprender bien su texto en las claves del autor y poder tener la seguridad de interpretarle bien. Es la actitud que pediría mi disciplina de origen para enfrentarse a un actor: colocarme en el lugar del mismo, compartiendo su lenguaje, su estado de ánimo, su horizonte, desde el cual se entienden sus textos como respuestas a un determinado interrogante. Si lo logro, habré cumplido la meta imprescindible entre autor y lector, que el filósofo Hans-George Gadamer (1900-2002), discípulo de Martin Heidegger, hubiera llamado "fusión

de horizontes". Porque efectivamente creo que el autor y yo su lector compartimos algunas coordenadas.

Yo también, como el autor, me siento una persona plural o —como dice él— "entre dos fuegos". Porque procedo de Andalucía, pero he desarrollado mi vida académica entre Madrid y otras universidades europeas y americanas. Me muevo, como él, en medio de varias disciplinas. Procedo de las ciencias sociales, a través de mi licenciatura en Ciencias Políticas, pero me dedico principalmente a interpretar fuentes etnográficas del pasado (concretamente, textos castellanos sobre el Antiguo Perú), lo que es un oficio de historiador y filólogo. Desde hace tiempo he venido dedicando gran parte de mi tiempo académico al estudio de problemas referidos al mundo peruano, especialmente al análisis de fuentes claves de la historia andina (como son la del jesuita castellano José de Acosta —o del andaluz Bernabé Cobo, su continuador—, la del abogado castellano Polo de Ondegardo —su fuente principal— o la del ilustre mestizo peruano Gómez Suárez de Figueroa —su glosador más famoso— que necesitó venir a España para consagrarse como prócer de las letras indianas, comentando justamente las cosas reales del antiguo Perú). Con motivo de un congreso internacional, convocado por la Sociedad Estatal Quinto Centenario en homenaje al Inca Garcilaso y coordinado por mí en el año 1990, volví a ver por segunda vez al propio Eugenio y conocí a su esposa Raquel —ilustre peruanista— participando activamente en él.

El sentido de "Entre dos fuegos" —que el autor refiere especí-

ficamente a sus conflictos políticos ligados al APRA y a sus orígenes chinos en un país segmentado por prejuicios racistas, y a las dos catástrofes terroristas de las Torres Gemelas y de la estación de Atocha— podría referirse igualmente a su dinámica vida académica, de trasiego entre Perú y Estados Unidos, y dentro de Estados Unidos a su incansable deambular por universidades y campus —dentro de todos los cuales no paraba de luchar contra todo tipo de dificultades y pruebas académicas. También estaba 'entre dos fuegos' cuando conciliaba su inextinguible curiosidad intelectual con su ordenada gestión de oficios diversos (docentes, administrativos, de compromisos políticos o diplomáticos, etc.). Fue admirable cómo interpretó su destino de Ministro Consejero Cultural en la Embajada del Perú en Washington, dirigiendo la acción diplomática al intercambio de profesores, a la reclamación de piezas arqueológicas, a la multiplicación de exposiciones arqueológicas y artísticas, etc. en una vertiginosa y compleja actividad (entre la valiente política de reclamación internacional y la tranquila cultura de los claustros universitarios). Incluso, dentro de su predominante 'oficio académico' es evidente a quien lea su denso libro que ha estado oscilando incansablemente entre las ciencias sociales y las humanidades. Incluso dentro de las Humanidades, es claro a un lector atento que Eugenio ha combinado con la misma pasión dos saberes textuales, que cabe disociar plenamente: la literatura y la lingüística, el análisis cualitativo de los textos literarios de toda América con la comparación exhaustiva de los usos

populares del habla, por medios cuantitativos.

Por ello mismo, por el posible paralelismo entre nuestras historias académicas (a caballo entre varias disciplinas) es por lo que opto por considerar este libro en su faceta cultural, y especialmente, por su faceta 'intercultural'. Este sentido doblemente metafórico de 'andar entre dos fuegos' lo uso para destacar la posición particular de Eugenio Chang-Rodríguez, al ubicarse exitosamente entre dos mundos previamente ajenos, cuando no enfrentados. Esta faceta 'intersticial' y fronteriza es particularmente sensible a un lector como yo, antropólogo de formación: solemos trabajar siempre en las fronteras de los pueblos, en los problemas de identidad y de afirmación de las minorías dentro de las mayorías. Los problemas de identidad se plantean normalmente en el espacio de las fronteras, como dice autorizadamente el maestro Friedrich Barth (1877-1937). La identidad es el otro lado de la otredad, es verdad, pero se alimenta de ella, como referencia contextual. Nada afirma a un grupo más que el contraste con otro.

Eugenio no eligió los estudios de antropología, cuando le ofrecieron en 1951 hacer un doctorado en la Universidad de Arizona —como estuvo a punto de hacer—, sino los de lingüística románica en la Universidad de Washington. Pero Eugenio ha arrastrado desde su nacimiento esa condición de alteridad. Por nacer de ancestros chinos en un país multirracial, donde el otro ha solido ser siempre el indio: contra esta vieja tradición social ha reaccionado especialmente el partido político al que se vio

abocado desde su juventud, el APRA. Su ilustre paisano de Trujillo, Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), proponía que se llamara *Indoamérica* al continente americano, mezclando tal vez —como dice Eugenio— el viejo nombre de las Indias con el nuevo de América; pero eligiendo inconfundiblemente las altas culturas indianas como base de apoyo, y no los elementos importados. En una América multirracial, el maestro elegía un modelo cultural armónico —donde la ética más rigurosa se trufaba con la política a nivel continental—, siempre bajo el signo de lo autóctono. Las fronteras internas de un mundo plurirracial y conflictivo le convidaron a basar la convivencia en la armonía espiritual, aunque no sin aspirar a conectar ambos mundos, el material y el cultural: "por mi raza hablará el espíritu", como proponía el maestro mexicano José Vasconcelos (1882-1959). No es extraño que este mensaje continental y altruista haya suscitado tanta incomodidad nacional a su alrededor, al mismo tiempo que tanta mística interna.

De muchos modos, Eugenio Chang buscó lazos salvadores en un mundo de frontera: ya cuando de joven aprendía el inglés por su cuenta, conectándose a las ondas de radio galena, y luego cuando aceptó proseguir sus estudios universitarios en Estados Unidos. Incluso este paso lo dio de la mano de unos universitarios cuáqueros, que también estaban en la frontera del mundo protestante. Eso, tal vez, redime al protestantismo norteamericano de su lastre evidente procedente del Viejo Mundo: haberse constituido sobre la crítica a los propios reformadores. Tal

vez no aplicó esta filosofía fuera del entorno europeo, dejando a los aborígenes fuera de esta 'república de hombres libres', pero en su interior libró una dura batalla, que Europa siempre admiró.

Ante esta inconsecuencia, pronto diseñó Eugenio una posición reformadora y crítica en ese mundo de frontera que eran los Estados Unidos, al interior de sus proyectos académicos: cuando eligió como tema de su tesis de maestría, en los años 1940, las reclamaciones de tierra del gobierno mexicano al norteamericano, desde mediados del siglo XIX. Ese gesto le incluyó espontáneamente en las entrañas del mundo chicano de Tucson, que reclamaron sus letras como si fuera un viejo profeta mexicana. También luchó el joven profesor en varios frentes en defensa de la libertad y la democracia continental, aplicando los beneficios sociales norteamericanos al resto del continente, tanto en el campo privado como en el oficial y diplomático. En ese sentido, pudo percibir la grandeza cosmopolita del exilio, en carne propia, como su maestro trujillano D. Víctor Raúl. Exilio, hay que decirlo en su caso, que no fue siempre forzado, sino en el breve período ominoso del general Manuel A. Odría, que le impidió el acostumbrado retorno periódico a su patria. El estuvo en contacto frecuente con republicanos españoles, para conocer de cerca las consecuencias desastrosas de un largo exilio, como cuando se ocupó de los inconvenientes del régimen franquista para los derechos humanos. A cambio, debo decir por haberlos estudiado personalmente, es de notar que los exilados adquieren una moderación

en sus propuestas revolucionarias, que tal vez explica la amplitud no partidista de las gestiones sociales de nuestro autor.

Por último, Eugenio eligió nuevamente vivir en un mundo de fronteras, cuando reclamó en diversos congresos lingüísticos dentro del ámbito norteamericano —de los muchos en que ha participado— que el idioma español debía ser estudiado también como lengua nacional, como parte de las lenguas habladas y escritas en los Estados Unidos, no solamente en el presente, sino desde sus tiempos fundacionales. Es de ahí que resulta coherente su 'hispanismo' final, a pesar de que aparentemente Eugenio no se reclama hispanista sino americanista o, en todo caso, humanista. En este sentido, su pertenencia fundacional a la Academia Norteamericana de la Lengua Española en 1974, y su elección para formar parte del Comité Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española hasta hoy, es lo que confirma que se trata de un trujillano universal, de un emigrante que recuerda sus orígenes, y que no renuncia a ninguna de sus herencias culturales. Porque reclama desde hace una generación que los Estados Unidos —el tercer país hispanohablante— tome el español como lengua materna.

Estoy seguro que, en medio de las recientes manifestaciones hispanas en la calles de Nueva York —a las que pude asistir yo también, como testigo sorprendido— Eugenio Chang-Rodríguez no tendrá dudas en medio del debate nacional suscitado, con repercusiones en las más altas esferas, él apoyará que el himno de las barras y estrellas se cante también en español. Precisa-

mente como muestra de su bien probada coherencia intelectual, al mismo tiempo democrática y republicana.

Fermín del Pino

Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Madrid

III.

Eugenio Chang-Rodríguez viene desarrollando desde hace años una paciente labor de investigación que abarca a lo largo y ancho todos los matices de la cultura peruana e hispanoamericana. Muchos de sus trabajos son considerados piedras de toque para el conocimiento de la compleja diversidad del pensamiento peruano.

El libro *Entre dos fuegos: Reminiscencias de las Américas y el Asia*, es una cartografía de la cultura hispanoamericana: la invitación a un fantástico viaje. Es también la historia personal y el «testimonio de parte» —como dijera Mariátegui—, de la trayectoria seguida por la cultura peruana en los casi últimos cien años y como todo viaje, tiene mucho de odisea. Eugenio Chang-Rodríguez, actor y testigo de excepción, a la manera de los viejos maestros positivistas, nos lleva a través de sus páginas desde la que puede considerarse la primera revolución del Perú en el siglo XX, hasta los atentados terroristas de Nueva York, Madrid y Londres.

Desde el Trujillo de 1932 al mundo globalizado de hoy, la cultura peruana, con todo el peso de su ancestralidad, ha ido desarrollándose y evolucionando, recibiendo influencias e influyendo y agregando su acervo al desarrollo cultural de la humanidad. La travesía comienza

en las aulas de los colegios hasta llegar a los claustros universitarios del Perú, el viaje de los conocimientos va recibiendo la afluencia de instituciones e intelectuales que van signando su curso. San Marcos, la universidad más antigua de América, es la primera y gran estación de este itinerario. Chang, al igual que generaciones anteriores y posteriores a la suya, es partícipe de la actividad académica que caracteriza a esta universidad y al esfuerzo de sus estamentos por mantenerla a la vanguardia del trabajo intelectual.

La revelación de sus vivencias y experiencias conforman ya un nuevo capítulo de la larga historia sanmarquina, escrita por autores tan significativos como Raúl Porras Barrenechea o Luis Alberto Sánchez. Sin perjuicio en el uso de un lenguaje conceptual y riguroso obligado en trabajos de esta envergadura, en la visión que nos ofrece el autor, se funden la emoción de lo vivido y la objetividad del especialista. Construye así a lo largo de su investigación una perspectiva poliédrica con la que conforma una cartografía por la que transita la cultura en habla hispana.

En este interesante y valioso testimonio que es *Entre dos fuegos...* hay que poner especial énfasis a los años en que la historia del Perú está signada por las ideas de Víctor Raúl Haya de la Torre y el partido que funda, el APRA, y su influencia en los sectores sociales y la política de su país. Trujillano de nacimiento, Eugenio Chang es testigo vital e intelectual de la génesis y evolución histórica de este pensamiento. Y este recorrido nos lleva a uno de los momentos más brillantes y efervescentes de la

cultura intelectual y artística del período. Son los años que Luis Alberto Sánchez designa como la «belle époque», en la que están comprometidos pensadores de la talla de Abraham Valdelomar, César Vallejo, José María Eguren, Alberto Hidalgo o Antenor Orrego, de quien el autor ha publicado un excelente trabajo.

Capítulo aparte, en un momento en que los investigadores peruanos vuelven su mirada hacia la historia de la emigración china, los aportes de Chang-Rodríguez, de ascendencia sino-peruana, acceden al registro biográfico a partir de una documentación probada, por lo que sirve de base para aquellos historiadores que deseen avocarse a este tema, sobre el que hay todavía mucho que investigar. En lo esbozado por Chang en estas páginas se nos muestran los beneficios del trabajo de los sino-peruanos en el campo de la historia, la educación, la pintura, arqueología, etc. Por citar sólo algunos nombres, el antropólogo e historiador Emilio Choy, el filósofo Víctor Li Carrillo y escritores como Siu Kam Wen o Mario Wong. Agregamos por supuesto a estos nombres a nuestro hombre de hoy.

Sus extensas e informativas notas al pie, y en general los datos exhaustivos que nos ofrece el texto, no dejan de ocultar un cálido contenido. El análisis reflexivo con que son examinados hechos complejos se corresponden con la agudeza con que Chang desliza momentos históricos fundamentales en la historia. En definitiva, una colorida cartografía de la cultura hispanoamericana.

Pero *Entre dos fuegos...*, desplegada con un sesgo tan perso-

nal como atractivo, nos habla también del viaje de la cultura peruana al mundo anglosajón como una parte de lo hispanoamericano. Un viaje que hay que entender como la diáspora de muchos intelectuales y artistas, de la migración, que como fenómeno social es común a los países del Hemisferio Sur y de un proceso de integración que está aún en fase de consolidación. Esto puede resumirse, —en palabras de Eugenio Chang-Rodríguez, en la introducción al libro—, como el «testimonio de un peruano exiliado, consciente de sus raíces, que se esfuerza para no ser demasiado personal, al contribuir a la memoria colectiva de su generación», para continuar diciendo que también es «el testimonio de un peruano que ha pasado la mayor parte de su vida en el destierro». Al enfocarlo de esta manera, no solo nos está refiriendo sus vivencias y experiencias, sino la de todos aquellos que han elegido o se han visto obligados a vivir en el exilio.

Desde las murallas de Chan Chan, capital del antiguo reino Chimú, pasando por Asia, Hispanoamérica, Estados Unidos y Europa, embarcados en las míticas balsas de totora, como en las que llegaron los antiguos dioses costeños, emprendemos de la mano de Chang-Rodríguez, la odisea de la cultura peruana como una parte de la cultura hispanoamericana y como dijo Kavafis: «Hoy que eres sabio, y en experiencias rico, / comprendes qué significan las Ítacas».

M. Ángeles Vázquez
Directora de *Ómnibus*
Presidenta de la Asociación
Cultural *La Mirada Malva*